

# SOBRE ISLAS Y DRAGONES

## Una expedición al fin del mundo

---

Capitán de Navío VGM  
(R) Roberto A. Ulloa



Ningún marino duda de la existencia de los dragones; no necesitamos evidencias para creer, nos alcanza con los testimonios de algunos viejos navegantes que se toparon con ellos a lo largo de la historia. Olaus Magnus, un religioso y cartógrafo sueco, registró el primer avistamiento de un dragón en su *Carta Marina* hacia comienzos del siglo XIV y lo describió como una serpiente alada del tamaño de una ballena. Fue la génesis de una larga serie; a lo largo de siglos incontables, hombres de mar se jactaron de haberlos divisado en aguas siempre lejanas. Que sus relatos se dieran en muelles y sórdidas tabernas no depreció nunca su palabra. En 1848 ocurrió el primer encuentro documentado entre un dragón y un barco de guerra en el Atlántico Sur, que fue informado por los tripulantes de la fragata *Daedalus* bajo juramento. Los marinos describieron la enorme dentadura de la bestia y el terror que les infundió. Pese a ser ingleses, muchos dieron crédito a sus testimonios, e incluso Charles Darwin se hizo eco de la historia.

El único avistamiento de un dragón en el mar argentino se dio cuando nació el siglo XX. Un viejo ballenero de apellido Paredes, que navegaba en un barco de la Compañía Argentina de Pesca, lo reportó a su capitán, aunque su testimonio se ocultó y el registro se quitó del diario de bitácora. Nada más sabemos de él, pero que el encuentro con el monstruo marino haya ocurrido en la misteriosa costa sur de la Isla de los Estados conviene a estas líneas, que buscan compartir la expedición a esas aguas durante enero de 2026. La bautizamos *Aquí hay dragones*.

Permítanme que primero les presente esa tierra mitológica a quienes no la conocen. Parida por volcanes y terremotos en el Jurásico, sus fiordos fueron tallados por los glaciares, que la atraviesan como si fueran espadas. Es el último coletazo que da la Cordillera de los Andes antes de sumergirse en las aguas heladas del Atlántico Sur y desaparecer en el abismo. Su geografía es un laberinto construido por montañas, lagunas y bosques, que obran como una muralla impenetrable para el hombre. También el mar que la rodea infunde respeto. Estrecho de Le Maire, cabo de Hornos, pasaje de Drake (al cual un amigo me advirtió que deberíamos llamar por su nombre propio, que es mar de Hoces); la sola mención de esos nombres pone en alerta al navegante. Son mares pródigos en temporales, escarceos de marea y fuertes corrientes, que han cobrado más barcos y vidas de las que podemos recordar. La isla es un escenario de inusual belleza y agresividad, en el cual la presencia del hombre solo se concreta en el Puesto de Vigilancia de la Armada Argentina, donde unos pocos cubren guardia perpetua en nuestro nombre.

La historia de la isla es tan apasionante como su geografía. Los pueblos canoeros de la Tierra del Fuego fueron los primeros en cruzar el estrecho de Le Maire en sus embarcaciones, construidas con corteza de árbol, una proeza marinera difícil de emular. ¿Qué los llevó a navegar hacia esos horizontes inciertos en la prehistoria de América del Sur? Supongo que lo mismo que movilizó a la humanidad desde que partió de África: pudo ser la búsqueda de alimento o de dioses, pudo ser la curiosidad o la competencia. Durante siglos, o milenios, fueron los únicos que pisaron la isla y cada pueblo llamó a ese lugar sagrado de un modo diferente; creo que el nombre más conocido es Chuainisin, la tierra de la abundancia. Los canoeros dejaron pocos rastros, pero sus voces remotas aún se escuchan.

Siglos después, un navegante de los Países Bajos registró por primera vez la isla en un diario de bitácora, con lo cual la incorporó a la historia. Willem Schouten, a bordo del *Eendracht*, la avistó en enero de 1616 y la bautizó *Staten Landt* (Tierra de los Estados), creyendo que no era una isla, sino parte de la *Terra Australis Incognita*: un continente imaginario que se dibujaba en los mapas antiguos para completar el mundo, algo que los hombres siguen haciendo. Fue



El Capitán de Navío VGM (R) Roberto Augusto Ulloa es egresado de la Escuela Naval (Promoción 110). Su primer destino fue el destructor ARA *Bouchard*, con el cual participó de la guerra de Malvinas. Es buzo táctico con orientación en Comunicaciones. Gran parte de su carrera transcurrió en la Flota de Mar, donde fue Comandante del aviso ARA *Olivieri* y del logístico *Patagonia*. Cursó estudios en los EE. UU. y en Chile y fue Agregado Naval en Perú.

Fue Director de *Gaceta Marinera* y se retiró como Director de la Escuela de Oficiales de la Armada.

Actualmente es docente y consultor.

Penguin Random House acaba de publicar su primer libro titulado *Vidas Paralelas*.





Fue el comandante Luis Piedra Buena quien izó definitivamente la bandera argentina en esa tierra a mediados del siglo XIX. Creo que lo hizo de la mejor manera que se la puede izar: viviendo en la soledad patagónica junto a su mujer, la intrépida Julia Dufour, y arriesgando todo para rescatar náufragos desesperados.

el comandante Luis Piedra Buena quien izó definitivamente la bandera argentina en esa tierra a mediados del siglo XIX. Creo que lo hizo de la mejor manera que se la puede izar: viviendo en la soledad patagónica junto a su mujer, la intrépida Julia Dufour, y arriesgando todo para rescatar náufragos desesperados. Fue uno de esos marinos que surgen de “siglo en siglo”: así lo describió Eduardo Gutiérrez en 1886. Su asombrosa vida mereció honores, libros y el respetuoso olvido.

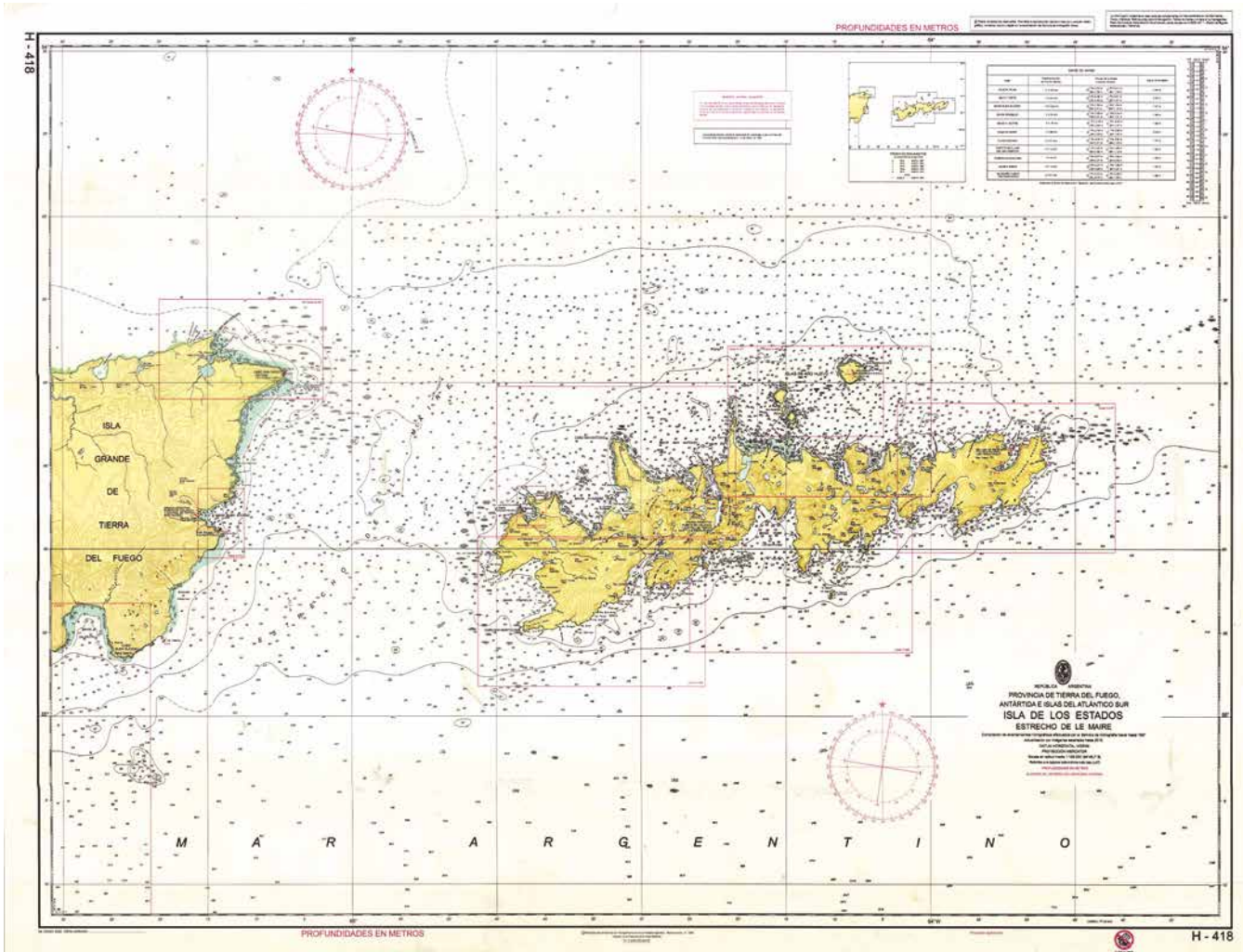
Después de Piedra Buena, la historia se aceleró. En 1884 la Escuadra Expedicionaria al Sur, al mando del Comodoro Augusto Lasserre, construyó el faro de San Juan de Salvamento (el primer faro argentino) y también un presidio. Desde aquellos años, la Armada Argentina se encargó de que la Isla de los Estados se fuera incorporando a la narrativa nacional, cuyo único escenario entonces era la pampa infinita y donde el sur no existía ni se enseñaba el mar en las aulas. Ese relato épico fue construido por miles de marinos anónimos que exploraron la isla, balizaron sus aguas y escribieron las mejores páginas de nuestro sur.



Puerto Parry desde la laguna Julia Dufour



Puesto de vigilancia de la Armada Argentina en la isla



La expedición *Aquí hay dragones* se propuso continuar agregar unas líneas a ese relato. El nombre que elegimos no fue casual; nos apropiamos de la frase latina *Hic Sunt Dracones*, escrita por primera vez en el Globo terráqueo de Hunt-Lenox hacia 1502 por un cartógrafo cuyo nombre se ha perdido. La leyenda (grabada sobre el bronce del globo) no era un dato, sino una advertencia, una metáfora de lo desconocido. Cuando nada se sabía de algún mar, se la asentaba en las antiguas cartas náuticas para alertar a los navegantes de que la suya sería una travesía azarosa. La nuestra, bien lo sabíamos, también lo sería, pero inspirados por muchos exploradores que nos precedieron, nos propusimos poner en valor a la Isla de los Estados, desde el arte y la ciencia (quizás la mejor manera de hacer soberanía), y compartir la experiencia con los argentinos. Una idea simple, pero no fácil de ejecutar.

El primer paso fue reunir al equipo que zarparía a la aventura. El escritor y lingüista J. R. R. Tolkien advierte, sabiamente, que no es prudente burlarse de un dragón. Ir tras ellos en una isla solitaria requiere de reunir gente muy especial,





Equipo de arqueólogos trabajando en los presuntos restos del naufragio de la *Espora*

con habilidades distintas y un ideario compartido. Ese fue el desafío. Buscamos en los muelles y en los claustros, en los talleres de arte y en los bares, en la ciudad y en el campo, en los clubes náuticos y en las redes. Casi sin darnos cuenta nos congregamos. La voluntad y el azar (que suelen colaborar en secreto) fueron reuniendo a una comunidad de marinos, arqueólogos y artistas que no se conocían, pero que compartían una pasión, que nos convirtió en amigos, y un objetivo, que nos transformó en equipo. Dos capitanes, seis tripulantes, cuatro arqueólogos, una artista plástica, un fotógrafo naturista y un médico (y eximio cocinero, cuyo hijo fue el tripulante más joven de la expedición) se sumaron a la partida, sin más contrato ni honorarios que ser parte del equipo. Muchos más nos apoyaron y alentaron desde tierra, entre ellos el querido Centro Naval y la Sociedad Militar Seguro de Vida, y, como siempre, los buenos amigos de la vida.

Dos capitanes, seis tripulantes, cuatro arqueólogos, una artista plástica, un fotógrafo naturista y un médico (y eximio cocinero, cuyo hijo fue el tripulante más joven de la expedición) se sumaron a la partida, sin más contrato ni honorarios que ser parte del equipo. Muchos más nos apoyaron y alentaron desde tierra, entre ellos el querido Centro Naval y la Sociedad Militar Seguro de Vida.

El segundo paso fue convertir la idea en un proyecto viable. Toda expedición tiene el sabor áspero de la aventura, pero requiere de una exhaustiva preparación para alcanzar sus objetivos. Ni el mar ni las islas perdidas consienten la improvisación. Fue un largo año de poner a son de mar al *Galileo* y al *Pampa mía* (nuestros dos veleros oceánicos) para que estén en condiciones de hacer frente al desafío. Todos quienes lean estas líneas (al fin y al cabo, es el Boletín del Centro Naval) saben lo que eso significa. Recorrimos jarcias, motores, cascos, balsas, botes; nos hicimos de los pertrechos y víveres necesarios; estudiamos (una vez más) las cartas náuticas y derroteros con la ayuda del Servicio de Hidrografía Naval y de la cátedra de navegación de la Escuela Naval; analizamos cada caleta y fondeadero para refugiarnos de los vientos y mareas; revisamos los testimonios y antiguos mapas de quienes nos precedieron, que fueron muchos; estudiamos los documentos del Departamento de Estudios Históricos Navales. Intentamos, vanamente (bien lo sabe cualquier marino), que nada quede librado al azar.

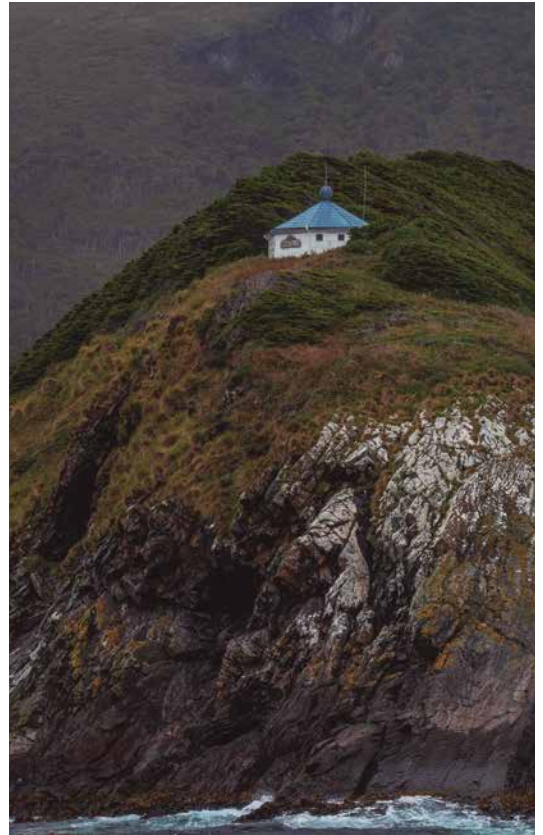
Hacia enero de este año zarpamos hacia la isla desde el Club Náutico de Ushuaia. Como suele suceder, mientras nos alejábamos del muelle, cruzamos un umbral: dejamos atrás la ilusoria comodidad que nos promete este siglo para internarnos en un pasado mitológico donde todo es posible. Al atravesar el paso Guaraní, la civilización comenzó a desvanecerse y lo único que interrumpía la brutal naturaleza eran las balizas y algún barco ocasional que nos deseaba buenos vientos. Navegamos por el canal Beagle buscando el este, escoltados por ballenas, albatros y delfines que vigilaban a los intrusos. El buen tiempo de esa jornada y la belleza casi nos distrajeron, pero al dejar atrás a La Olla, el estrecho de Le Maire nos recordó bruscamente la latitud en la que estábamos. “Vamos viendo” fue la consigna desde ese momento: el instante en que los planes se transforman en papel mojado y entra en juego la experiencia para aprovechar las breves ventanas meteorológicas que permiten a un velero saltar de un punto a otro con seguridad.

Durante dos semanas buscamos a nuestros dragones. Los buscamos en la bahía de San Juan de Salvamento, donde se construyó el faro que inspiró a Julio Verne; en Puerto Cook, donde se ubicó el segundo presidio de la isla, cuyos vestigios aún reciben al navegante y donde se yergue un antiguo cementerio con tumbas sin nombre; en Vancouver, la deslumbrante bahía donde Eyroa construyó su precario refugio junto a un chorrillo hace casi dos siglos; en la Isla Observatorio, donde lentamente se desintegra el faro Año Nuevo, pese a ser un ícono de la soberanía argentina en la Antártida; en Puerto Parry, cerca de la tumba del presidiario Iwan Iwanowsky, cuya historia de vida se asemeja más a las antiguas sagas escandinavas que a la realidad; y en la Bahía Franklin, donde los posibles restos de la corbeta *Espora* de Luis Piedra Buena yacen enterrados en la arena.

En cada yacimiento arqueológico fuimos encontrando vestigios que permiten descifrar un capítulo casi desconocido de la historia argentina y entender, un poco mejor, de dónde

venimos y quiénes somos. A mí me emocionó el austero santuario a Stella Maris, enclavado en la costa de canto rodado de Puerto Cook. Dos paredes laterales de piedra y un breve techo protegen a la virgen del viento y unas margaritas salvajes son su única compañía. Una placa gastada de bronce (colocada en la base) informa a los pocos visitantes que la imagen fue entronizada el 25 de mayo de 1946 por los tripulantes del rastreador ARA *Bouchard*, al comando del capitán Jorge Suaya. Repitiendo lo que hicimos en nuestra expedición de 2021, reparamos el santuario y protegimos a la virgen de la vegetación que avanza sobre ella. Alguien rezó una oración. Creo que ese acto de continuar en forma anónima lo que otros empezaron nos hizo sentir profundamente que éramos parte de la más genuina tradición marinera argentina.

Me propuse compartir con ustedes el espíritu de la expedición que, como todo viaje, es infinito. Serán otros quienes narren en este Boletín los intrincados pormenores de la aventura, donde no faltaron hallazgos emocionantes, peripecias marineras, festejos y alegría. Hacia fines de enero cruzamos nuevamente el umbral y tomamos el muelle de Ushuaia. Atrás quedó el mar con su realismo mágico y sus dragones. Cada vez que zarpé, recordé la causa profunda por la cual decidí ser marino; esta no fue una excepción. Creo que esa emoción de navegar para ver qué hay detrás del horizonte es el motor profundo que nos moviliza a todos. ■



Interior del Faro del Fin del Mundo que ahora es un refugio

Faro de San Juan de Salvamento

